

¿Por qué la Amazonia Azul se convertirá en el corazón energético de Brasil en el siglo XXI?

Soberanía energética, minerales críticos y la reinención marítima del poder brasileño



Por Antoine Bachelin Sena.

Resumen ejecutivo

Brasil ha concentrado durante mucho tiempo su proyección estratégica en su dimensión de potencia continental. La Amazonia terrestre, la agroindustria, la ocupación del interior y la integración territorial han dominado el imaginario geopolítico nacional. Sin embargo, esta percepción se ha vuelto progresivamente insuficiente frente a las transformaciones energéticas, tecnológicas y geoeconómicas del siglo XXI.

Una mutación silenciosa ya está en curso.

El centro de gravedad energético de Brasil se desplaza cada vez más hacia el mar.

La Amazonia Azul — territorio marítimo brasileño de aproximadamente 5,7 millones de km², equivalente al 67 % de la superficie continental del país — ha dejado de ser una simple zona periférica de pesca, navegación o defensa naval. Se consolida progresivamente como un espacio vital para la soberanía nacional, reuniendo petróleo offshore, gas natural, minerales críticos de los fondos marinos, potencial eólico offshore, rutas comerciales estratégicas, cables submarinos y activos fundamentales de la economía digital.

Este proceso se desarrolla en un contexto internacional marcado por la intensificación de la competencia por los recursos estratégicos.

Mientras las grandes potencias aceleran sus inversiones en las cadenas de suministro críticas — desde la carrera por las tierras raras hasta la mineralogía submarina —, Brasil enfrenta una decisión histórica: continuar tratando su dimensión marítima como una extensión secundaria de su territorio nacional, o asumir plenamente su vocación de potencia oceánica.

El debate en torno a la Margen Ecuatorial, el pre-sal y la Elevación del Río Grande no debe reducirse a una falsa dicotomía entre explotación económica y preservación ambiental. La verdadera pregunta estratégica es otra:

¿Cómo transformar la riqueza marítima brasileña en instrumento de soberanía energética, de prosperidad tecnológica y de proyección internacional?

Este artículo defiende una tesis central:

La Amazonia Azul tiende a convertirse en el principal centro de gravedad energético, geoeconómico y estratégico de Brasil en el siglo XXI, exigiendo una profunda transformación de la manera en que el país concibe su soberanía, su defensa y sus alianzas internacionales.

En este contexto, una cooperación pragmática entre Brasil y Francia en el Atlántico Sur — a menudo desatendida — podría emerger como un eje de interés mutuo particularmente prometedor.

Pues, en el siglo XXI, la lucha por el poder no se desarrollará únicamente sobre territorios visibles, sino también sobre las aguas profundas, los minerales invisibles, las rutas marítimas y las infraestructuras energéticas submarinas.

Y Brasil se encuentra ya en el corazón de esta transformación.

Introducción

El paradoja estratégico brasileño

El debate internacional sobre Brasil parece haberse concentrado, en las últimas décadas, en un solo punto de atención: la selva amazónica.

Deforestación, biodiversidad, pueblos indígenas, cambios climáticos y gobernanza ambiental se han convertido en el principal prisma a través del cual los actores internacionales observan el país. En numerosos círculos diplomáticos y mediáticos, Brasil se ha vuelto casi sinónimo de Amazonia terrestre.

Esta centralidad es comprensible. La selva amazónica posee una pertinencia ambiental, climática y geopolítica incontestable.

Pero también ha creado una especie de punto ciego estratégico.

Al concentrar casi toda la atención nacional e internacional sobre la dimensión continental del territorio brasileño, se ha relegado a un segundo plano otra frontera igualmente decisiva para el futuro del país: el espacio marítimo brasileño.

Existe, sin embargo, una segunda Amazonia.

Menos visible.

Menos debatida.

Pero potencialmente aún más determinante para la soberanía nacional en las próximas décadas.

La Amazonia Azul.

Creado por la Marina brasileña a comienzos de los años 2000, el concepto busca atraer la atención sobre la dimensión estratégica del territorio marítimo brasileño — compuesto por el mar territorial, la Zona Económica Exclusiva (ZEE) y las extensiones de la plataforma continental reconocidas o reivindicadas a nivel internacional.

No se trata de una simple metáfora geográfica.

La expresión traduce una realidad geopolítica profunda: Brasil ya no puede ser comprendido únicamente como una potencia continental; debe comenzar a reconocerse como una potencia marítima emergente.

Este cambio de percepción es más urgente de lo que parece.

En efecto, aproximadamente el 95 % del comercio exterior brasileño transita por el mar. Una gran parte de la infraestructura digital nacional depende de cables submarinos. Cerca del 95 % de la producción nacional de petróleo y gas natural se realiza ya offshore. Recursos minerales críticos se encuentran en las zonas profundas del Atlántico Sur. Nuevas fronteras energéticas emergen en la Margen Ecuatorial. El potencial eólico offshore crece rápidamente.

En otros términos: Brasil depende ya profundamente del mar, aunque aún no piensa estratégicamente como una nación marítima.

Esta paradoja explica en parte las vacilaciones nacionales frente a debates fundamentales.

La controversia sobre la exploración de la Margen Ecuatorial, por ejemplo, es a menudo tratada como un conflicto simplificado entre preservación ambiental y desarrollo económico. Ahora bien, la cuestión es sustancialmente más compleja.

Lo que está en juego no es únicamente la autorización de un pozo exploratorio.

El verdadero debate plantea preguntas mucho más profundas:

¿Cuál será la posición de Brasil en la geopolítica energética del siglo XXI?

¿Cómo garantizar la autonomía estratégica frente a la competencia mundial por los minerales críticos?

¿Qué papel desempeñará el Atlántico Sur en la seguridad económica nacional?

¿Será Brasil protagonista o espectador de la carrera por los recursos offshore?

En cierto sentido, el país vive hoy una situación comparable a la de otras potencias marítimas en momentos decisivos de su historia.

Noruega comprendió, en el siglo XX, que el Mar del Norte podía redefinir su trayectoria económica. Japón, a pesar de sus limitaciones territoriales, intensifica sus inversiones en la mineralogía submarina para reducir su dependencia de los minerales críticos. China amplía sistemáticamente su presencia marítima y tecnológica en el Indo-Pacífico y más allá.

Brasil, por su parte, se encuentra frente a un territorio marítimo inmenso, rico y aún relativamente subexplorado.

Pero la riqueza potencial no produce automáticamente poder.

Sin estrategia, los recursos naturales no se convierten más que en activos dormidos.

Sin capacidad tecnológica, sin vigilancia marítima y sin planificación a largo plazo, las ventajas geográficas pueden transformarse en vulnerabilidades.

La cuestión central no es, por tanto, únicamente energética.

Es civilizacional.

Brasil debe decidir si continuará pensando su soberanía según los paradigmas territoriales del siglo XX — excesivamente orientados hacia el interior

continental — o si aceptará una transformación intelectual más profunda: el siglo XXI brasileño podría definirse menos por la expansión territorial que por la proyección marítima.

La Amazonia Azul no constituye únicamente una nueva frontera económica. Representa una nueva frontera mental.

Tal vez el verdadero futuro energético de Brasil no se encuentre únicamente bajo la selva.

Tal vez se encuentre sobre todo bajo el mar.

I — La Amazonia Azul: la frontera invisible del poder brasileño

Durante la mayor parte de la historia republicana, la geografía estratégica brasileña ha sido pensada según una lógica esencialmente terrestre.

El imaginario nacional se construyó en torno a conceptos como la interiorización, la integración territorial, la ocupación de las fronteras, el desarrollo del Centro-Oeste y la protección de la Amazonia continental. El propio proyecto geopolítico brasileño del siglo XX — fuertemente influido por autores como Golbery do Couto e Silva o Mário Travassos — poseía una fuerte orientación continental.

Esta visión, aunque comprensible históricamente, se ha vuelto progresivamente incompleta.

El Brasil del siglo XXI ya no puede ser analizado únicamente por su masa terrestre.

Su proyección de poder pasa cada vez más por el mar.

La Amazonia Azul, concepto desarrollado por la Marina brasileña en 2004, designa precisamente esta dimensión marítima ampliada de la soberanía nacional.

Su tamaño impresiona.

Actualmente, el espacio marítimo brasileño cubre aproximadamente 5,7 millones de km² y podría extenderse aún más a medida que las nuevas reivindicaciones de

la plataforma continental progresen ante la Comisión de Límites de la Plataforma Continental (CLPC) de las Naciones Unidas.

En términos comparativos, se trata de una superficie superior a la de la Amazonia verde y equivalente a aproximadamente dos tercios del territorio continental brasileño.

No se trata, por tanto, de un espacio marginal.

Se trata de una verdadera extensión estratégica del territorio nacional.

Sin embargo, a pesar de su amplitud, la Amazonia Azul permanece relativamente ausente de la conciencia colectiva brasileña.

Emergé una paradoja.

Mientras el país discute intensamente sus carreteras, sus represas hidroeléctricas, su agricultura y la deforestación, poca atención pública se concede al hecho de que el funcionamiento cotidiano de la economía nacional depende ya profundamente del Atlántico.

Cerca del 95 % del comercio exterior brasileño circula por vías marítimas.

Más del 99 % del flujo internacional de datos digitales depende de cables submarinos.

Una gran parte de la producción de petróleo y gas se encuentra offshore.

Las infraestructuras críticas energéticas, financieras y de telecomunicaciones están cada vez más conectadas al entorno marítimo.

En otros términos: el Atlántico Sur se ha convertido en una infraestructura invisible de la soberanía brasileña.

Y, como toda infraestructura estratégica invisible, su importancia generalmente solo se percibe cuando está amenazada.

II — El desplazamiento energético offshore de Brasil

El mar como nuevo centro de gravedad de la soberanía nacional

Si la Amazonia Azul constituye la nueva frontera invisible del poder brasileño, su importancia estratégica encuentra en la energía su expresión más concreta.

Una transformación silenciosa ya está en curso.

El centro de gravedad energético de Brasil se desplaza progresivamente del continente hacia el océano.

Aunque el imaginario político nacional permanece aún fuertemente asociado a las grandes represas hidroeléctricas, a los campos agrícolas y a los recursos terrestres, la realidad material del sistema energético brasileño se ha vuelto cada vez más marítima.

Este desplazamiento no es únicamente económico.
Es geopolítico.

Y puede redefinir profundamente la posición internacional de Brasil en las próximas décadas.

Porque, en el siglo XXI, la energía no significa únicamente el abastecimiento.
La energía significa:

- autonomía estratégica;
- capacidad industrial;
- influencia diplomática;
- seguridad nacional;
- competitividad tecnológica.

En este contexto, la Amazonia Azul emerge como uno de los mayores activos energéticos del planeta aún parcialmente subestimados.

El pre-sal y la consolidación del poder energético offshore

Pocas transformaciones económicas han modificado tanto al Brasil contemporáneo como el descubrimiento del pre-sal.

Cuando los primeros indicios de grandes reservas offshore aparecieron, numerosos analistas internacionales mostraron escepticismo. La profundidad extrema, los costos tecnológicos y la complejidad geológica llevaron a varios observadores a cuestionar su viabilidad económica.

La realidad demostró lo contrario.

La combinación de innovaciones tecnológicas, ganancias de productividad y experiencia operacional transformó a Brasil en una de las referencias mundiales de la exploración offshore en aguas profundas.

Hoy, aproximadamente el 95 % de la producción brasileña de petróleo y gas se realiza en el mar.

Este dato, a menudo citado pero raramente plenamente tomado en cuenta políticamente, posee implicaciones estructurales.

Significa que Brasil ha dejado de ser únicamente un productor terrestre de energía.

En la práctica: el país se ha convertido en una potencia energética marítima.

Esta transformación es tanto más pertinente cuanto que ocurre en un período de inestabilidad geopolítica creciente.

Las guerras, las sanciones económicas, las tensiones comerciales y las reorganizaciones de las cadenas de suministro mundiales han demostrado una realidad a menudo olvidada: los países energéticamente frágiles se vuelven políticamente vulnerables.

La crisis energética europea después de 2022 fue un ejemplo elocuente.

Naciones altamente industrializadas descubrieron brutalmente los riesgos ligados a una dependencia excesiva respecto de proveedores exteriores.

Para Brasil, la existencia de recursos offshore abundantes representa, por tanto, no solo una oportunidad económica, sino una forma de protección estratégica.

La capacidad de controlar su propia matriz energética tiende a ampliar sus márgenes de maniobra diplomática, a reducir las vulnerabilidades exteriores y a reforzar la autonomía nacional.

Es precisamente en esta etapa que el debate brasileño se vuelve a menudo excesivamente simplificado.

Durante años se impuso una falsa oposición: petróleo versus transición energética.

Esta dicotomía ignora la realidad internacional.

Incluso en escenarios acelerados de descarbonización, los hidrocarburos continuarán desempeñando un papel central durante décadas — en particular para la petroquímica, los fertilizantes, el transporte marítimo, la aviación, la defensa y la seguridad industrial.

Más importante aún: la transición energética misma depende intensamente de una energía abundante y relativamente barata.

Paradójicamente: la transición energética mundial aumenta, en numerosos casos, la importancia geopolítica de los productores eficientes de energía.

En este contexto, el petróleo offshore brasileño presenta una ventaja significativa.

Comparativamente, los campos del pre-sal poseen una alta productividad y costos relativamente competitivos por barril, lo que refuerza su resiliencia económica incluso en escenarios de regulación climática más estricta.

Esto no significa defender una explotación sin límites o la ausencia de criterios ambientales.

Significa reconocer una realidad estratégica: la soberanía energética no es incompatible con la responsabilidad ambiental.

Al contrario.

Un país soberano es precisamente aquel capaz de definir, sobre la base de sus intereses nacionales y de datos científicos, qué recursos explotar, en qué condiciones y con qué garantías tecnológicas.

La Margen Ecuatorial: la nueva frontera energética brasileña

Si el pre-sal consolidó a Brasil como potencia offshore, la Margen Ecuatorial podría redefinir la próxima etapa de la historia energética nacional.

Pocas regiones concentran hoy un potencial económico y una controversia política tan simultáneos.

Extendiéndose desde la costa de Amapá hasta Río Grande do Norte, la Margen Ecuatorial comprende varias cuencas sedimentarias consideradas altamente prometedoras:

- Foz do Amazonas;
- Pará-Maranhão;
- Barreirinhas;
- Ceará;
- Potiguar.

Se trata de una vasta frontera exploratoria aún relativamente poco desarrollada en comparación con el pre-sal del Sudeste.

Su potencial proviene sobre todo de similitudes geológicas con regiones ya altamente productivas de la costa africana, en particular en Guyana, Surinam y en el golfo de Guinea.

Los recientes éxitos exploratorios en la costa guyanesa se han convertido en un caso emblemático.

En pocos años, un pequeño país sudamericano se transformó en una de las economías de más rápido crecimiento del mundo gracias a los descubrimientos offshore.

El caso guyanés ofrece a Brasil una doble lección.

Por un lado: muestra el potencial transformador de los recursos marítimos bien explotados.

Por el otro: sirve de alerta sobre los riesgos de una ausencia de planificación estratégica, de la captura política de los ingresos petroleros y de una dependencia excesiva de un solo sector.

La cuestión brasileña, sin embargo, es de una escala mucho superior.

La Margen Ecuatorial podría representar algo comparable a lo que el Mar del Norte representó para Noruega: un instrumento a la vez de prosperidad, de

capacidad tecnológica y de refuerzo geopolítico.

Esta hipótesis encuentra, no obstante, resistencias.

El debate nacional se presenta a menudo en términos binarios.

Por un lado, los defensores de una exploración inmediata invocan la soberanía, el empleo y el crecimiento económico.

Por el otro, los sectores ambientalistas advierten sobre los riesgos ecológicos, en particular debido a la proximidad relativa de los ecosistemas amazónicos sensibles.

Ambos lados expresan preocupaciones legítimas.

Pero la polarización simplifica excesivamente un problema mucho más complejo.

La verdadera pregunta estratégica no debería ser:

¿explorar o no explorar?

Sino más bien: ¿cómo explorar de manera soberana, tecnológica y ambientalmente responsable?

La diferencia entre estas dos preguntas es profunda.

Desplaza el debate del campo ideológico hacia el de la gobernanza estratégica.

Brasil posee la capacidad técnica para establecer normas extremadamente rigurosas de seguimiento, de seguridad operacional y de mitigación ambiental.

Puede — y tal vez debe — transformar la Margen Ecuatorial en un laboratorio internacional de exploración offshore responsable.

Esto exigiría:

- transparencia científica;
- control robusto;
- integración tecnológica;
- cooperación académica;
- protocolos ambientales de punta.

Pero exigiría también algo a menudo ausente del debate: una visión a largo plazo.

Porque los recursos energéticos no son únicamente activos financieros.
Modelan las trayectorias nacionales.

La historia económica lo demuestra repetidamente: los países que han utilizado sus recursos naturales para desarrollar la tecnología, la educación, la defensa y la capacidad industrial han prosperado.
Aquellos que se limitaron a la exportación primaria a menudo permanecieron vulnerables.

La cuestión esencial no es, por tanto, únicamente extraer petróleo.
Es transformar la riqueza energética en capacidad nacional.

La nueva geopolítica de la energía

La importancia de la Amazonia Azul debe comprenderse aún a la luz de una transformación internacional más amplia.

El sistema energético mundial está en transición.
Pero esta transición no significa una simple sustitución.
Significa diversificación, competencia y reorganización.

En el nuevo contexto internacional, petróleo, gas, minerales críticos, energía renovable y tecnologías marítimas coexistirán simultáneamente.
El resultado probable no será un mundo «post-petróleo», sino un mundo energéticamente más complejo.

En este escenario, los Estados capaces de combinar:

- hidrocarburos competitivos;
- minerales estratégicos;
- innovación tecnológica;
- energías renovables;

tienden a adquirir ventajas estructurales.

Pocos países poseen un potencial comparable al de Brasil.

La Amazonia Azul ofrece simultáneamente:

- petróleo offshore;
- gas natural;
- minerales críticos;
- energía eólica marítima;
- potencial de hidrógeno verde;
- rutas logísticas estratégicas.

El desafío no es, por tanto, geográfico.

El desafío es político.

Porque ninguna riqueza natural reemplaza a la estrategia.

Y ninguna ventaja geográfica garantiza automáticamente el poder.

Brasil ya posee la geografía.

Queda por decidir si poseerá también la visión estratégica necesaria.

Porque el futuro energético brasileño tal vez ya esté escrito en las aguas profundas del Atlántico Sur — incluso si una parte del país continúa aún mirando únicamente hacia el interior continental.

III — Los minerales críticos, la geopolítica de los abismos y el despertar marítimo brasileño

Si el petróleo offshore representa el fundamento energético de la Amazonia Azul, los recursos minerales de los fondos marinos podrían constituir su dimensión más estratégica a largo plazo.

El siglo XXI no estará marcado únicamente por la disputa por los hidrocarburos. Será también definido por la competencia internacional por los minerales críticos.

Tierras raras, cobalto, níquel, manganeso, cobre, grafito y telurio se han convertido en elementos indispensables para:

- baterías;
- semiconductores;

- inteligencia artificial;
- satélites;
- defensa;
- turbinas eólicas;
- sistemas navales;
- vehículos eléctricos;
- infraestructura digital.

Paradójicamente: la transición energética mundial ha inaugurado una nueva carrera geopolítica por los recursos minerales.

En cierto sentido, el mundo reemplaza progresivamente la geopolítica clásica del petróleo por una geopolítica híbrida: petróleo + minerales estratégicos + tecnología.

En este escenario, los fondos oceánicos se han convertido en una nueva frontera de poder.

Y pocos países poseen un potencial comparable al de Brasil.

La geopolítica de los abismos

Durante la mayor parte de la historia moderna, el fondo de los mares permaneció un territorio económicamente inaccesible.

La profundidad extrema, los costos tecnológicos y los límites científicos transformaban los océanos profundos en espacios prácticamente inaccesibles.

Esto ha cambiado.

Los progresos de la robótica, de la cartografía submarina, de la inteligencia artificial y de la ingeniería oceánica modifican profundamente las posibilidades de exploración.

Hoy, lo que parecía pertenecer a la ciencia ficción se convierte rápidamente en un objeto de competencia estratégica.

Emergé una nueva geopolítica: la geopolítica de los abismos.

No se trata únicamente de recursos.
Sino de soberanía tecnológica.

Quien domine:

- la robótica submarina;
- la mineralogía profunda;
- la cartografía oceánica;
- la logística offshore;
- las cadenas industriales minerales;

adquirirá ventajas estratégicas significativas.

China lo comprendió temprano.

Pekín invierte masivamente en las tecnologías oceánicas profundas y ha ampliado fuertemente sus capacidades de exploración marítima.

Los Estados Unidos aceleran sus políticas de seguridad mineral.

La Unión Europea busca reducir sus dependencias exteriores.

Japón — fuertemente dependiente de las importaciones minerales — se ha vuelto particularmente activo.

El caso japonés ofrece una lección pertinente para Brasil.

Bajo la dirección de la Primera Ministra Sanae Takaichi, Tokio intensificó las inversiones en la mineralogía de los grandes fondos como instrumento de seguridad económica.

La lógica es simple: los países tecnológicamente avanzados no pueden permanecer excesivamente dependientes de cadenas minerales controladas por rivales estratégicos.

El proyecto japonés en Minamitorishima, apoyado por una investigación oceánica avanzada y una cooperación tecnológica con los Estados Unidos, apunta precisamente a reducir las vulnerabilidades ligadas a la dominación china sobre las tierras raras.

La lección japonesa no consiste necesariamente en copiar integralmente su modelo, sino en comprender algo fundamental: las grandes potencias tratan ya los fondos oceánicos como activos estratégicos del siglo XXI.

Brasil no parece haber internalizado aún plenamente este cambio.

La Elevación del Río Grande: un tesoro sumergido

Pocos brasileños han oído hablar de la Elevación del Río Grande (ERG).

Y, sin embargo, podría representar uno de los activos geoeconómicos más importantes del futuro nacional.

Situada entre aproximadamente 1.100 y 1.200 kilómetros de la costa sudeste brasileña, la ERG consiste en una vasta estructura submarina en el Atlántico Sur, a menudo comparada en superficie con España.

Estudios realizados por instituciones brasileñas han identificado indicios significativos de:

- cobalto;
- níquel;
- manganeso;
- tierras raras;
- telurio;

elementos críticos para las altas tecnologías.

En otros términos: minerales esenciales para la economía del siglo XXI.

La importancia de estos recursos supera ampliamente el sector energético. Sin ellos, se vuelve extremadamente difícil producir:

- baterías avanzadas;
- radares;
- sistemas militares;
- tecnologías espaciales;
- turbinas offshore;

- equipos electrónicos sofisticados.

En este sentido: los minerales críticos son el petróleo tecnológico del siglo XXI.

La cuestión se vuelve aún más pertinente frente a la utilización política creciente de las cadenas minerales.

Una dependencia excesiva respecto de un número limitado de proveedores — sobre todo en contextos de rivalidad estratégica — puede transformarse rápidamente en vulnerabilidad nacional.

La experiencia reciente ha mostrado que las cadenas de suministro son cada vez más instrumentos de poder.

Los países exportadores pueden restringir el acceso.

Las crisis geopolíticas pueden interrumpir los flujos.

Las sanciones pueden trastornar mercados enteros.

Así: garantizar el acceso a los minerales estratégicos se ha convertido en parte integrante de la definición contemporánea de la soberanía.

Brasil posee una ventaja rara.

Dispone simultáneamente de:

- un territorio vasto;
- una base industrial pertinente;
- un conocimiento científico;
- una experiencia offshore;
- una tradición diplomática marítima.

Pero el potencial no basta.

La verdadera diferencia entre oportunidad y retraso reside en la capacidad institucional de actuar de manera anticipada.

El riesgo de la vacilación estratégica

Brasil presenta a menudo un esquema histórico recurrente.

Descubre ventajas estratégicas antes de desarrollar plenamente las instituciones

capaces de aprovecharlas.

Esto ocurrió, en cierta medida, con:

- la industrialización;
- la tecnología naval;
- los semiconductores;
- la defensa;
- la innovación.

La Amazonia Azul corre un riesgo similar.

El país enfrenta aún limitaciones importantes:

1. Capacidad tecnológica limitada

Aunque posee instituciones científicas pertinentes, Brasil presenta aún una dependencia tecnológica considerable en los dominios clave de la mineralogía de los grandes fondos: robótica submarina, extracción profunda, vehículos autónomos oceánicos, ingeniería abisal.

Sin inversiones robustas, corre el riesgo de reproducir un esquema conocido: exportar recursos brutos e importar productos de alto valor agregado.

2. Fragilidad del financiamiento estratégico

Los proyectos marítimos son costosos. Muy costosos.

Exigen décadas, una investigación continua, una estabilidad regulatoria y una coordinación entre el Estado, las universidades y el sector privado.

Sin continuidad, se vuelven vulnerables a los ciclos políticos.

3. Debate público superficial

Tal vez el mayor problema sea cultural.

Una gran parte de la población brasileña simplemente no piensa el país como una potencia marítima.

El mar permanece distante del imaginario colectivo.

La expresión «Amazonia Azul» misma es aún relativamente poco conocida.

Esto produce una paradoja preocupante: una de las mayores transformaciones estratégicas de la historia brasileña se produce casi invisiblemente.

Ninguna estrategia nacional sólida puede existir sin una conciencia pública mínima.

Noruega construyó un consenso social en torno al Mar del Norte.

Japón moviliza un relato de seguridad económica.

Francia cultiva una larga tradición marítima ligada a la soberanía.

Brasil parece aún oscilar entre entusiasmo episódico y negligencia estructural.

El despertar marítimo brasileño

Asumir la centralidad estratégica de la Amazonia Azul exigirá más que inversiones energéticas.

Exigirá una verdadera mutación intelectual.

El país deberá abandonar progresivamente una mentalidad excesivamente continental.

Esto no significa reducir la importancia de la Amazonia terrestre.

Significa reconocer algo nuevo: la soberanía brasileña se ha vuelto a la vez continental y marítima.

Esta transformación tiene implicaciones profundas.

Una potencia energética offshore debe:

- proteger sus plataformas;
- vigilar las rutas;
- garantizar la seguridad digital;
- proteger los cables submarinos;
- desarrollar la investigación oceánica;
- consolidar su presencia naval.

El Atlántico Sur tiende a adquirir una importancia creciente.

Aunque a menudo percibido como un espacio periférico de la política internacional, concentra:

- flujos energéticos;
- minerales;
- rutas comerciales;

- infraestructura digital;
- seguridad alimentaria;
- proyección militar.

La intensificación de las disputas mundiales tiende a acrecentar su pertinencia. Y esto exige un nuevo tipo de pensamiento estratégico brasileño.

Un pensamiento menos prisionero de la lógica territorial clásica y más atento a la profundidad marítima.

Porque una potencia energética offshore incapaz de proteger su dimensión marítima permanece estructuralmente vulnerable.

La Amazonia Azul no es únicamente una riqueza.

Es una responsabilidad.

Y representa tal vez la mayor oportunidad estratégica brasileña desde el descubrimiento mismo del pre-sal.

Pero ninguna oportunidad histórica permanece abierta indefinidamente.

Las grandes ventanas estratégicas favorecen generalmente a aquellos que actúan primero.

La cuestión central se vuelve, por tanto, histórica: ¿reconocerá Brasil a tiempo su vocación de potencia marítima?

IV — El factor olvidado: una cooperación estratégica Francia-Brasil en el Atlántico Sur

Si la Amazonia Azul redefine progresivamente la geografía de la soberanía brasileña, una pregunta adicional se plantea: ¿quién podrá ser el socio estratégico de Brasil en esta transformación marítima?

El debate se concentra habitualmente casi exclusivamente sobre las relaciones con las grandes potencias tradicionales — Estados Unidos, China o, en menor medida, la Unión Europea como bloque.

Sin embargo, una oportunidad geopolítica a menudo desatendida permanece relativamente invisible en el debate público: una cooperación estratégica

franco-brasileña orientada por el Atlántico Sur.

A primera vista, la hipótesis puede parecer contra-intuitiva.

Durante décadas, la relación entre Francia y Brasil ha oscilado entre acercamientos diplomáticos episódicos, cooperación científica y episodios de tensión — particularmente sobre las cuestiones ambientales.

Pero esta lectura tiende a ignorar una realidad geográfica fundamental: Francia es también una potencia sudatlántica.

La presencia francesa en América del Sur a través de la Guayana Francesa transforma a París en un actor directamente insertado en el entorno estratégico amazónico y atlántico de la región.

Pocos países europeos comparten una proximidad territorial tan singular con Brasil.

Esta realidad crea posibilidades raramente exploradas de manera estructurada.

La Guayana Francesa: el vínculo geopolítico olvidado

A menudo reducida al imaginario de un territorio ultramarino lejano, la Guayana Francesa ocupa una posición estratégica extraordinaria.

Constituye a la vez:

- frontera terrestre con Brasil;
- punto avanzado europeo en América del Sur;
- plataforma espacial;
- espacio amazónico;
- territorio atlántico.

En cierto sentido: la Guayana vuelve a Francia parcialmente amazónica y parcialmente sudatlántica.

Esta condición singular modifica profundamente las posibilidades de cooperación bilateral.

La lógica tradicional de las relaciones Francia-Brasil ha permanecido a menudo excesivamente diplomática o comercial.

La cooperación del futuro podrá ser sustancialmente más estratégica.

Porque ambos países comparten intereses convergentes en varios dominios:

Seguridad marítima

- Protección de las infraestructuras críticas offshore.
- Vigilancia de las actividades ilícitas.
- Seguridad de las rutas energéticas.
- Protección de las plataformas y activos marítimos.

Investigación oceánica y cartografía marítima

La exploración sostenible de la Amazonia Azul exigirá:

- oceanografía avanzada;
- seguimiento climático;
- cartografía de los fondos oceánicos;
- robótica submarina;
- inteligencia geológica.

Francia dispone de capacidades científicas marítimas pertinentes.

Brasil posee la escala territorial y el interés estratégico directo.

La convergencia parece evidente.

Espacio y tecnologías de doble uso

La presencia del Centro espacial guyanés en Kourou ofrece un potencial suplementario.

En el siglo XXI, el espacio y el mar se vuelven cada vez más interdependientes.

Los satélites son ya indispensables para:

- el seguimiento marítimo;
- la seguridad energética;
- la protección de los cables submarinos;
- la vigilancia oceánica;
- la inteligencia geoespacial.

Una cooperación franco-brasileña más pragmática podría explorar estas sinergias.

Economía azul e innovación tecnológica

El desarrollo de la Amazonia Azul no dependerá únicamente del petróleo.

Exigirá:

- inteligencia artificial;
- drones marítimos;
- sensores;
- tecnologías offshore;
- seguimiento ambiental;
- modelización oceánica.

Este ecosistema puede convertirse en un vector de innovación industrial.

Una asociación de soberanía — y no de dependencia

Una cooperación estratégica madura exige una claridad conceptual.

No puede significar ni dependencia ni alineamiento automático.

El contexto internacional demuestra una evidencia: los países soberanos cooperan mejor cuando tienen intereses claramente definidos.

Una asociación Francia-Brasil en el Atlántico Sur solo tendría sentido si está orientada por el pragmatismo y los beneficios mutuos.

Esto significa reconocer las diferencias.

Sobre ciertos temas (comercio, medio ambiente, agricultura, política industrial), los intereses podrán divergir.

Pero las divergencias no anulan las convergencias.

Al contrario.

Las relaciones estratégicas más sólidas nacen a menudo precisamente cuando los actores aprenden a cooperar de manera selectiva.

En este contexto, el Atlántico Sur puede funcionar como un espacio de convergencia pragmática.

En lugar de debates excesivamente ideológicos, una agenda concreta podría emerger:

- vigilancia marítima;
- investigación oceánica;
- minerales críticos;

- energía offshore;
- seguridad de las infraestructuras;
- innovación tecnológica;
- protección ambiental fundada en la ciencia.

Esta cooperación posee aún una dimensión geopolítica más amplia.

En un sistema internacional cada vez más fragmentado, las alianzas flexibles y orientadas por proyectos concretos tienden a ganar en pertinencia.

Ni alineamiento automático.

Ni neutralidad pasiva.

Sino: cooperación estratégica orientada por intereses convergentes.

¿Volverá el Atlántico Sur al centro del tablero geopolítico?

Durante una gran parte de la posguerra fría, el Atlántico Sur ha sido a menudo percibido como una región relativamente periférica.

Sin guerras abiertas de gran amplitud.

Sin rivalidades militares comparables a las del Indo-Pacífico.

Sin la centralidad energética del Medio Oriente.

Esta percepción tiende a volverse progresivamente obsoleta.

El retorno de la competencia entre grandes potencias, la búsqueda de minerales críticos, la reorganización de las cadenas energéticas y el crecimiento de la economía marítima tienden a reubicar el Atlántico Sur en el mapa estratégico mundial.

Varios factores lo indican:

- crecimiento de la importancia del offshore;
- disputa por los minerales submarinos;
- expansión de las infraestructuras digitales oceánicas;
- vulnerabilidad de los cables submarinos;
- rutas energéticas;
- seguridad alimentaria marítima;

- proyección naval.

Brasil se encuentra en una posición particularmente singular.

Posee:

- un vasto territorio marítimo;
- una abundancia energética;
- una relativa estabilidad;
- una posición geográfica privilegiada;
- una capacidad diplomática reconocida.

Pero una posición estratégica no garantiza automáticamente la influencia.

La historia internacional lo demuestra repetidamente: las ventajas geográficas deben convertirse en estrategia.

Conclusión

El despertar marítimo de Brasil

El siglo XXI podría representar una inflexión histórica para Brasil.

Durante más de un siglo, el imaginario geopolítico nacional se concentró principalmente sobre el interior continental.

El mar permaneció a menudo en segundo plano.

Espacio de tránsito.

Zona periférica.

Frontera lejana.

Esta lógica ya no corresponde a la realidad.

La Amazonia Azul se ha transformado progresivamente en eje central de la soberanía nacional.

Reúne simultáneamente:

- energía;
- comercio;
- tecnología;

- comunicación;
- minerales estratégicos;
- defensa;
- proyección internacional.

El futuro energético de Brasil dependerá cada vez más:

- del offshore;
- de la Margen Ecuatorial;
- del pre-sal;
- de los minerales profundos;
- de las energías marítimas emergentes.

Pero la riqueza no basta.

El verdadero diferenciador residirá en la capacidad de transformar los recursos en poder nacional.

Esto exigirá:

- una visión estratégica y un pensamiento más allá de los ciclos electorales;
- una inversión científica;
- el dominio de las tecnologías oceánicas críticas;
- un refuerzo institucional;
- una coordinación entre defensa, industria, ciencia y diplomacia;
- conciencia marítima nacional.

Reconocer que Brasil ya no es únicamente una potencia continental, sino también una potencia oceánica.

Tal vez la gran pregunta brasileña del siglo XXI no sea simplemente: «¿cómo proteger la Amazonia?»

Sino también: «¿cómo gobernar estratégicamente la Amazonia Azul?»

Porque el verdadero centro de gravedad energético del país se desplaza silenciosamente hacia el Atlántico.

Brasil se encuentra frente a una elección histórica.

Puede continuar tratando su dimensión marítima como una extensión secundaria de su territorio nacional.

O puede finalmente reconocer lo que su propia geografía anuncia ya: el siglo XXI energético brasileño será marítimo — o no será.

Por Antoine Bachelin Sena



Instituto del Atlántico Sur

Para la soberanía, la geoeconomía y la cooperación estratégica.